

ta que los que vivieron acá en el mundo bajo la esclavitud del demonio, habiten allá en el otro bajo de su imperio? Dios sería injusto si llevase á su reino á los que prefieren las máximas del diablo á los preceptos del Evangelio, á los que despreciaron sus gracias por vivir en la esclavitud ignominiosa del pecado. Son los cristianos todo lo que no deben ser, y hacen lo contrario de lo que debían hacer. El Evangelio nos manda ser mansos y humildes de corazón, y nosotros somos iracundos y soberbios hasta lo sumo. El Evangelio nos ordena amar á nuestros enemigos, y no respiramos sino venganzas y ódios; nos prohíbe aun desear la muger ajena, y nuestros corazones no respiran sino estos malos deseos; todos vivimos en una sublevacion continua contra la ley, así es que nuestras almas en lugar de ser templos y santuarios de Dios, son grutas y cavernas de ladrones. Los verdaderos cristianos son tan raros como las espigas que quedan despues de la siega, como los racimos que se escapan al vendimiador: nada hay mas cierto que el oráculo del Evangelio: *Muchos son llamados y pocos escogidos*. El mundo mismo nos enseña con sus obras, que realmente la multitud es la que se condena, y que casi todos los hombres son unos insensatos que corren tras de sus ruinas. Muchos mueren con la mayor indiferencia y miran sin temor el instante en que van á ser juzgados. ¡Impenitencia final! ¡Pecado contra el Espíritu Santo! que no será perdonado ni en este ni en el otro mundo, y que hace de nuestro siglo la abominacion de la desolacion.

Juésves de la semana de Pasion.

La proximidad del gran día de las misericordias del Salvador, y del sacrificio que debía hacer de su vida á Dios Padre, por la remision de nuestros pecados, hace que la Iglesia acompañe su duelo con los sentimientos mas tiernos y la mas viva contricion. Empieza la misa por una confesion sincera de nuestra iniquidad, confesando que nuestros pecados merecen los mas horrendos castigos; pero se consuela con la vista de la infinita misericordia del Señor en quien pone toda su confianza. Señor, todo lo que has hecho con nosotros lo has hecho por un juicio muy equitativo. Hemos merecido demasiado todos estos castigos, porque hemos pecado contra tí, y no hemos guardado tus mandamientos. Pero por la gloria de tu nom-

bre, trátanos segun la grandeza de tu misericordia. Estas palabras se tomaron de la oracion que hizo á Dios Azarias, uno de los tres jóvenes hebreos, en el horno encendido de Babilonia, donde habia sido echado con sus compañeros por órden de Nabucodonosor.

La Epístola de la misa es una parte de esta misma oracion, segun se refiere en el tercer capítulo del Profeta Daniel. Entre los cautivos que fueron llevados á Babilonia por el rey Nabucodonosor, hubo muchos niños de la primera nobleza, entre los cuales mandó escoger aquel príncipe cuatro de los mas nobles para hacerlos servir en su palacio. El primero de los cuatro era Daniel, que vino á ser bien pronto por su sabiduría y su talento, el valido del príncipe; los otros tres fueron Ananías, Misael y Azarias, todos cuatro de la sangre de los reyes de Judá. Habiéndole agradado á Nabucodonosor todos cuatro, dió órden para que los educasen é instruyesen segun á los empleos á que estaban destinados por el rey, ordenando que se les enseñase la lengua del pais, y que se les sirviesen las viandas y el vino de su mesa. Pero los niños, exactos observantes de la ley del Señor, no quisieron llegar jamas á las viandas caldaicas, y obtuvieron del oficial encargado del cuidado de su educacion, los dejase usar solo de legumbres y agua. Habiendo sido ensalzado Daniel á las primeras dignidades del reino, por haber interpretado el famoso sueño del rey, no se olvidó de sus amados compañeros; todos tres fueron hechos intendentes de la provincia de Babilonia. Su fortuna no alteró su piedad ni su zelo por su religion; pero les concilió muchos envidiosos que determinaron perderlos, y bien pronto encontraron ocasion de hacerlo.

Nabucodonosor, embriagado con su alto poder, con sus conquistas y todas sus prosperidades, quiso que se le hiciesen los mismos honores que se hacian á los dioses del imperio. Mandó hacer una estatua de oro fino, la cual tenia esenta codos de alto y seis de largo, y la hizo colocar en el campo de Dura, con órden á los grandes de su corte, á los magistrados de la ciudad, á los gobernadores de las provincias, y á todos los oficiales, de asistir á la dedicacion de la estatua. En efecto, se juntaron en dicho campo el día señalado, una multitud increíble; se les significó de parte del rey, que al momento que oyesen el son de las trompetas y de otros instrumentos músicos, adorasen todos la estatua, so pena loz que rehusasen obedecer, de ser arrojados al mismo instante en un horno encendido. Lo mismo fué hacer la señal, que postrarse todos y adorar la estatua;

solo los intendentes de la provincia Sidrac, Misac y Abdenago (estos eran los tres nombres caldeos que habian puesto á los tres jóvenes), solo estos creyeron no debian imitar el ejemplo de los demas. En efecto, fueron notados y denunciados al rey como refractarios de sus órdenes. Mandólos venir á su presencia, confesaron el hecho, y dijeron intrépidos al rey que jamas adorarían á otro que al verdadero Dios, solo soberano Señor del universo: y que aunque les hubiese de costar la vida, no adorarían jamas ni á sus dioses ni á su estatua. Esta respuesta irritó de tal suerte á Nabucodonosor, que en el transporte de su furor mandó que el fuego del horno fuese siete veces mayor de lo acostumbrado, y habiendo hecho atar en su presencia á los tres mancebos, hizo que los arrojasen al horno. Los encargados de esta ejecucion eran unos soldados de su guardia; mas he aquí que al instante de haber estos echado en el horno á los tres jóvenes, salen las llamas á manera de un torbellino, y consumen á los soldados y á los caldeos que estaban mas vecinos al fuego. Los tres jóvenes se hallaron en el horno encendido como en un fresco y apacible lugar; y habiendo el fuego quemado sus ligaduras, se les veia pasearse tranquilamente en medio de las llamas, alabando á Dios y bendiciéndolo porque hacia en su favor uno de los mas estupendos milagros. Entónces Azarías, estando en pié en medio del fuego, hizo en voz alta á Dios en nombre de todos la oracion que hace el asunto de la Epístola de este dia. Despues de haber bendecido al Señor y deseado que fuese glorificado por todos los siglos; despues de haber confesado cuán equitativos son sus juicios en todos los males que ha descargado sobre su pueblo y sobre Jerusalem; despues de haber reconocido que todos estos azotes son justos castigos de sus pecados, implora por último su divina misericordia, y suplica en medio de aquel gran teatro de su bondad, en medio de aquellas llamas que no han podido hacerles la menor lesion, que no abandone á su pueblo, y lo conjura por su nombre y por su gloria, á que no disipe ni rompa su alianza: que los castigue como merecen; pero de un modo que no padezca su gloria; que no retire de ellos su misericordia. Admiramos aquí el motivo que alega. "En atencion, dice, á los méritos de Abraham vuestro amigo, de Isaac vuestro siervo, y de Israel vuestro santo." Tanta verdad es que en todos tiempos han estado persuadidos los hombres á que el valimiento de los santos para con Dios es poderoso, y que en atencion á sus méritos concede muchas gracias. Acordaos, Señor, con-

tinúa, que les habeis prometido multiplicar su posteridad como las estrellas del cielo, y nos vemos reducidos á mas pequeño número que todas las naciones de la tierra. Vivimos en la oscuridad; no se ven ya entre nosotros ni reyes sobre el trono, ni Profetas con autoridad, ni forma alguna de república. Jerusalem está arruinada, vuestro santo templo profanado, no tenemos ni sacrificios, ni oblacones; y ¡ pues el estado á que estamos reducidos no nos permite aplacar vuestro enojo, y recurrir á vuestra clemencia, ofreciendo en vuestro templo sacrificios sangrientos, recibid siquiera con benignidad el solo sacrificio que somos capaces de ofrecer, que es un corazon contrito y humillado que implora vuestra misericordia. Dignaos, Señor, mirar con ojos propicios á vuestro pueblo afligido, y dejaoos mover de nuestros gemidos y de nuestras lágrimas, como en otro tiempo de los holocaustos de los carneros y toros que se os ofrecian en el templo. Finalmente, Azarías, animado del Espiritu Santo, no omite en esta admirable deprecacion motivo alguno, de los que juzga ser apropiósito para mover el corazon de Dios y desarmar su enojo: confesion sincera de tantos desbarros, dolor de haber pecado, propósito de la enmienda, confianza en la misericordia divina, de todo echa mano en medio de aquel horno para aplacar la indignacion del Señor contra su pueblo.

El Evangelio refiere la conversion de aquella famosa pecadora, que desde el punto en que se convirtió, fué un modelo de devocion, de fervor y de penitencia. Un fariseo que hacia profesion de observar mas religiosamente los mandamientos de la ley, y tener una vida mas santa á los ojos de los hombres, convidó al Salvador á comer en su casa. El Salvador aceptó el convite con el fin de atraer por su mansedumbre y condescendencia, á unas gentes que no lo querian bien; pero mas especialmente para acabar la conversion de una alma que habia vivido hasta entónces en la dissolution, y que se hallaba movida de su gracia. Miéntas estaban á la mesa tendidos, cada uno sobre una de aquellas alfombras ó tapetes que se ponian al derredor segun la costumbre de los judíos y tambien de los romanos, una muger, pública peadora, sabiendo donde estaba el Señor, vino al tiempo del banquete á casa del fariseo, donde se habia juntado una multitud de personas; atraviesa por entre la muchedumbre y sin hablar palabra, se arroja á los piés del Salvador con la mayor confianza, los riega con sus lágrimas, los enjuga con

sus cabellos, los besa con respeto, y vierte sobre ellos un perfume ó ungüento de gran precio, y un licor muy oloroso.

Viendo esto el fariseo, y no sabiendo el motivo, no hacia el mejor juicio de un hombre que permitía que una muger de tan mala fama se le acercase tanto. Si este hombre, decía allá en su interior el fariseo, fuera Profeta como se dice, sabría quién es, la que le besa los piés. Jesus, que leía en el alma del fariseo todo lo que pensaba, no quiso sonrojarse reprendiéndole públicamente por un juicio tan falso y tan poco caritativo. Para corregirlo se valió de una parábola. Cuando se reprende el vicio, debe haber gran cuidado de no infamar á la persona: no hay cosa mas política, mas cortés, mas circunspecta, que la caridad. Admiramos en este pasaje la bondad del Salvador, que instruyendo caritativamente al fariseo sin infamarlo, hace al mismo tiempo la apología de aquella penitente. Dos personas, le dice el Salvador, debían una suma de dinero á un hombre: uno le debía quinientos denarios ó dineros; otro cincuenta; pero siendo pobres y no teniendo con que pagar, les perdonó la deuda: ¿cuál de los dos te parece le ama mas? Como si dijera, ¿cuál de los dos ha debido tener mas amor á su bienhechor, para moverle á perdonarle una deuda mayor? ¿Cuál de los dos será asimismo mas agradecido al beneficio recibido? La pregunta del Salvador encierra estos dos sentidos, segun los mejores intérpretes. Es claro, respondió Simon, que le ama mas aquel á quien le ha perdonado mayor cantidad. Has juzgado bien, dijo el Salvador; y volviéndose hácia la pecadora penitente: ¿Yes á esta muger? le dijo; juzga del amor que tiene á su bienhechor por lo que ha hecho, y por la gracia que yo voy á hacerla: cuando he entrado en tu casa no me has dado agua para lavarme los piés, segun nuestro uso ordinario; y ella no cesa de regármelos con sus lágrimas y de enjuagarlos con sus cabellos; tú no me has dado el beso de paz, siendo raro el que falta á esta urbanidad; y ella desde que ha entrado no ha cesado de besar mis piés; tú no has acompañado este banquete con perfumes, segun se acostumbra, y ella ha vertido sobre mis piés un licor muy oloroso y de mucha fragancia. ¿No son estas señales bien visibles de su contrición y de su amor? Por eso te digo, que se le han perdonado muchos pecados, porque ha amado mucho. El dolor y la contrición sobrenatural que acompañaban, ó que habian ya prevenido las señales exteriores de penitencia, habian procurado ya á esta muger el perdón, de que el Salvador la da ahora una entera seguridad. A

aquel á quien se perdona ménos, añadió Jesucristo, ama ménos. Estas palabras miraban á Simon el fariseo, que lejos de haber tenido á Jesucristo aquel amor, que obtiene la remision de los pecados, no habia siquiera usado con él aquellas atenciones y obsequios que se podian esperar y exigir de un amigo. Veia tambien el Salvador las verdaderas disposiciones interiores del corazon de Simon, y lo que le dice aquí es propiamente una leccion que le da, y que Simon podia fácilmente comprender. Finalmente, no contento el Salvador con haber justificado á la muger en presencia de todo el congreso, quiso ademas de esto darla á ella misma positiva seguridad de que se le habian perdonado sus pecados pasados, diciéndola expresamente: *Anda, que tus pecados se te han perdonado.* Esta sentencia de justificación, de tanto consuelo para la pecadora penitente, fué murmurada de los que estaban á la mesa, los cuales se decían en voz baja, unos á los otros: *¿Quién es este hombre que tambien perdona los pecados?* pues sabemos que nadie puede perdonar los pecados sino solo Dios, y que este poder no puede darse á ningun hombre. Algunos interpretan esto en buen sentido y pretenden con bastante probabilidad que las expresiones de los convidados eran mas bien efecto de su admiracion que de su censura. Como todos tenian noticia del milagro que habia hecho resucitando al hijo de la viuda de Naim, admiraron ahora el poder de Jesucristo. No puede ménos, decían, que este hombre sea mas que un simple profeta, pues no solo resucita á los muertos, sino que tambien perdona los pecados. De cualquiera manera que fuese, sin responderles nada el Salvador, se volvió á la dichosa penitente, y la dijo: Tu fé te ha salvado; ve en paz. Has creído en mí, te has persuadido que yo podia concederte el perdón de tus pecados, y en esta esperanza te has venido á mí. Has mirado con horror tus antiguos desórdenes, y has tenido una verdadera contrición. Sabe, pues, que tu fé, tu confianza y tu amor, son la causa de tu justificación. Jesucristo, dicen los Padres, opone aquí la fé de esta muger á la incredulidad de los fariseos y de todos los que estaban presentes, los cuales no querian creer que Jesucristo fuese el Mesías.

La Epistola es del capítulo III del Profeta Daniel.

En aquellos dias: Oró Azarías al Señor, diciendo: Rogámoste, Señor Dios nuestro, que por amor de tu nombre no nos abandones

para siempre, ni destruyas tu alianza, ni apartes de nosotros tu misericordia, por amor de Abraham tu amado, y de Isaac siervo tuyo, y de Israel tu santo: á los cuales hablaste, prometiéndoles que multiplicarías su linaje como las estrellas del cielo, y como la arena que está en la playa del mar. Porque nosotros, ó Señor, hemos venido á ser la mas pequeña de todas las naciones, y estamos hoy dia abatidos en todo el mundo por causa de nuestros pecados. Y no tenemos en este tiempo ni príncipe, ni caudillo, ni Profeta, ni holocausto, ni sacrificio, ni ofrenda, ni incienso, ni lugar donde presentarte las primicias, á fin de poder alcanzar tu misericordia. Pero recibenos tú contritos de corazon, y con espíritu humillado, como recibias en holocausto de los carneros y toros, y los sacrificios de millares de gordos corderos: así sea hoy agradable nuestro sacrificio en presencia tuya, puesto que jamas quedan confundidos aquellos que en tí confian. Y ahora te seguimos con todo el corazon, y te tememos y buscamos tu rostro. No quieras, pues, confundirnos: haz, sí, con nosotros segun la mansedumbre tuya, y segun tu grandísima misericordia. Y libranos con tus prodigios, y glorifica, ó Señor, tu nombre; y confundidos sean todos cuantos hacen sufrir tribulaciones á tus siervos, confundidos sean por medio de tu infinito poder, y aniquilada quede su fuerza: y sepan que solo tú eres el Señor Dios, y el glorioso en la redondez de la tierra, Señor Dios nuestro.

El Evangelio es del capítulo VII de San Lucas.

En aquel tiempo: Rogaba á Jesus uno de los fariseos que fuera á comer con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se puso á la mesa. Cuando hé aqui que una muger de la ciudad que era de mala conducta, luego que supo como Jesus estaba comiendo en casa del fariseo, trajo un vaso de alabastro lleno de bálsamo, y arriándose por detras á sus piés, comenzó á bañárselos con sus lágrimas, y los limpiaba con los cabellos de su cabeza, y los besaba, y derramaba sobre ellos el perfume. Lo que viendo el fariseo que le habia convidado, decia para sí: Si este hombre fuera Profeta, bien conoceria quién y qué tal es la muger que le está tocando, ó que es una muger de mala vida. Y respondiendo Jesus, le dijo: Simon, una cosa tengo que decirte. Di, Maestro, respondió él. Cierta acreedor tenia dos deudores: uno le debía quinientos denarios, y el otro

cincuenta. No teniendo éstos con qué pagarle, perdonó á entrambos la deuda; ¿cual de ellos le amará mas? Respondió Simon: Juzgo que aquel á quien mas le perdonó. Y díjole Jesus: Tú has juzgado rectamente. Y volviéndose hácia la muger, dijo á Simon: ¿Ves esta muger? Yo entré en tu casa, y no me has dado agua con que se lavaran mis piés; mas ésta los ha bañado con sus lágrimas, y los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el ósculo; pero ésta desde que llegó no ha cesado de besar mis piés. Tú no has ungido con óleo mi cabeza, y ésta ha derramado sobre mis piés perfumes. Por todo lo cual te digo, que le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho. Que ama ménos aquel á quien ménos se le perdona. En seguida dijo á la muger: Perdonados te son tus pecados. Y luego los convidados empezaron á decirse interiormente: ¿Quién es éste, que tambien perdona los pecados? Mas él dijo á la muger: Tú fé te ha salvado; vete en paz.

MEDITACION.

Sobre el modelo de la verdadera penitencia.

Considera en esta muger pecadora el modelo de una verdadera conversion. Hace alto sobre el infeliz estado en que vivia, y se rinde por último á la gracia, que la solicita con las mas vivas y repetidas instancias. No piensa en remitir su conversion á otro dia; al momento que Dios la da á conocer sus desórdenes y los achaques de su alma, toma la resolucion de recurrir al Divino Médico. ¡Cuántas gentes que están ardiendo en los infiernos estarían á la presente en el cielo, si cuando la luz de la gracia les infundió el mismo conocimiento, la misma inspiracion, el mismo pensamiento de convertirse, no hubiesen remitido su conversion á un dia de fiesta, á otro tiempo, á otro dia! Infeliz dilacion; ¡qué de almas llevas al infierno! Nadie al parecer tenia mas motivos que la Magdalena para diferir su conversion; era todavía jóven, gozaba de una salud robusta: una edad mas madura, una estacion menos risueña parecían un tiempo mas á propósito para una dama que podia tener sus altos y bajos: á lo menos la circunstancia en que se efectuó parecia ser un grande obstáculo. Jesucristo habia sido convidado á comer en casa de un fariseo; el concurso era grande; todos gente maligna, y censores rígidos de quienes era demasiado conocida. Si tiene necesidad de convertirse, ¿á qué fin hacerlo con

tanto estruendo! Parece á los mas, que queria hacer ostentacion de su reforma. Era al parecer prudencia, aguardar á que el Salvador estuviese en su casa; la dilacion no parecia debia ser muy larga; una funcion de convite, un festin, no parece muy correspondiente para dar al público semejante escena. Es menester cuidar de su reputacion. Semejante aparato era una confesion demasiado pública; y una publicacion harto ruidosa de sus desórdenes. Así discurre, así habla el espíritu del mundo y de la carne. Pero el espíritu de Dios piensa muy de otra suerte. No bien ha sabido Magdalena dónde podrá encontrar á su Salvador, cuando corre á encontrarlo; entra en la sala del convite, se hace paso por entre la gente, y no hablando sino con sus lloros y sus sollozos, se postra á los pies de Jesucristo; y los riega con sus lágrimas. Ninguna cosa es mas osada, ninguna mas generosa que una alma verdaderamente convertida. El delito es descarado, el vicio desconoce todo respeto humano; pero se puede decir que la verdadera conversion todavia inspira mas aliento. Juzguémos del mérito y de la sinceridad de esas conversiones aparentes, de esas cobardes, tímidas y siempre perniciosas medio conversiones, que temen que se las tenga por una vuelta del alma á Dios; y por una despedida del mundo. A Magdalena no la detiene ninguna consideracion: murmuraciones de los libertinos, censura picante de los mundanos, interpretaciones malignas, nada es capaz de hacerla volver atras; persevera á los pies del Salvador. Como sus lágrimas son el lenguaje de su contricion, su dolor aboga por ella. ¿Después de tanto ruido, de tanta publicidad, despues de un paso tan difícil puede no ser verdadera su conversion? ¿Puede presumirse que se ha de arrepentir de haberse arrepentido, y que ha de volver á las andadas? Nada responde mejor de la perseverancia, que una declaracion tan pública; y ved aquí lo que teme el demonio: no estorba el que se convierta una alma; pero no quiere que sea con estruendo y publicidad: esos miramientos que quieren guardarse en la conversion, ese respeto humano, esa vergüenza de parecer convertido, es siempre para él un recurso; y ved aquí lo que hace que sean falsas tantas conversiones, ó á lo ménos, que haya tan pocas conversiones que sean permanentes.

Considera, que no se reduce toda la conversion de Magdalena á detestar sus pecados, y á obtener el perdón de ellos, sino que además de esto, es seguida de una fervorosa vida, penitente y ejemplar. Qué reforma de costumbres mas patente; qué devocion mas afec-

tuosa; qué fervor mas permanente; qué penitencia mas larga y mas austera; qué amor de Dios mas perfecto y mas generoso! ¿Hubo una sierva de Jesucristo mas fiel que Magdalena? ¿Hubo alguna ocasion de dar á su buen Maestro una prueba de su ardiente amor, de que no se aprovechase? Si le queda algun residuo de su lujo y de su vanidad, no es sino para sacrificárselo públicamente. Escoge siempre el tiempo en que el concurso es mas numeroso, para verter sobre los pies del Salvador sus mas preciosos y olorosos ungüentos. Los discípulos mas allegados al Hijo de Dios se retiran al punto que lo ven preso y maniatado. Solo Juan, que era el discípulo amado, le sigue hasta el pié de la cruz acompañado de Magdalena. ¡Oh! ¡Cuánta verdad es que esta muger amó mucho á Jesucristo! ¡Qué generosa es una alma que ama! ¡No acierta á separarse del Salvador: lo ama sobre la cruz; lo ama hasta en el sepulcro, adonde corre á hacerle los últimos obsequios! Ni los soldados armados, ni una losa de un peso enorme que cierra la entrada del sepulcro, ni el sello público, son capaces de detener su zelo. Nada cree imposible; todo lo cree fácil á su amor. Finalmente, la mas cruel persecucion, el peligro mas visible de un triste naufragio, no intimidan ni su fé, ni su constancia en el servicio de su Dios. En el mar, igualmente que en la tierra; en su patria, ó en un pais extraño; en todas partes hace profesion de ser sierva de Jesucristo; en todas partes sostiene su religion; en todas partes se declara por el Dios que adora, y que ama. Nadie tuvo jamas una seguridad ménos dudosa y mas positiva del perdón de todos sus pecados, que Magdalena. ¿Pero se contenta con la seguridad que tiene del perdón? Vosotros lo sabeis. ¿Hubo jamas una penitencia mas larga y mas austera que la suya? Diez y siete años en el hueco de una escabrosa roca, sin otro alimento que algunas raices inspidas y amargas. Ved aquí cuál fué la vida de esta muger delicada, alimentada, por decirlo así, en los placeres, y criada en la profanidad mas escandalosa; pero verdaderamente convertida. ¡Oh hermoso y excelente modelo de penitencia! ¿Pero se hallarán el dia de hoy muchas copias de un modelo tan perfecto? Son infinitas las personas que imitan á Magdalena pecadora. ¿Pero son muchas las que imitan á Magdalena penitente? Una confesion muy superficial; una contricion muy dudosa; una penitencia muy leve, seguida igualmente de una vida mundana, algunas veces mas deliciosa, siempre muy indevota, ved aquí á lo que se reduce la pretendida conver-

sion de la mayor parte de los pecadores de nuestros días: y despues de esto mueren tranquilos; mueren sin el menor susto. ¡Fatal tranquilidad! ¡Funesta seguridad!

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Ah Señor! No permitas que este gran modelo de conversion solo sirva para hacerme mas culpable. Hazme la gracia de que no solo deteste verdaderamente todos mis pecados, sino de que mi penitencia sea una prueba de mi sincera contricion, y una señal de que me habeis perdonado todos mis pecados. Yo los detesto con todo mi corazon, y estoy pronto á daros por ellos tal satisfaccion, que reparando el escándalo que he dado á mis prójimos, desarme vuestro enojo y me atraiga vuestra misericordia.

JACULATORIA.

Ameos yo mucho, Señor, para que me perdoneis y borreis todas mis culpas.

LECCION.

Sobre la conversion de la Magdalena.

S. Agustin, con aquella ingenuidad hija del verdadero arrepentimiento, nos manifiesta la lucha interior que lo agitaba interiormente en los principios de su conversion. "El enemigo malo, nos dice, sujetaba mi voluntad y me habia formado una cadena con que me tenia ceñido. Porque de la voluntad perversa nació la sensualidad; ejercitando la sensualidad se formó la costumbre; y dejándose llevar de la costumbre, se convirtió ésta en necesidad. Con estos anillos unidos me tenian como con una cadena atado en la mas dura esclavitud. La voluntad nueva que comenzaba á insinuarse en mí para que te sirviera y deseara gozar, ó Dios mio, única y cierta alegría nuestra, todavia no era bastante fuerte para superar á la voluntad vieja, robustecida con su misma antigüedad. Así es que dos voluntades, una vieja y otra nueva, aquella carnal, ésta espiritual, combatian entre sí, y en esta lucha se disipaba mi alma. Yo, con la experiencia de mí mismo, entendia aquello que leia, es decir, el modo en que la carne pretende sobreponerse al espíritu y el espíritu á la carne: y yo tambien me sobreponia mas bien á lo que aprobaba, que á lo que reprochaba en mí. A esto me dirijia, no tanto yo que no obraba como

agente, sino que pasivamente me dejaba arrastrar de la costumbre, que se habia hecho mas fuerte que yo: de manera que parecia que mi voluntad me llevaba á donde no queria ir." ¿A cuántos de nosotros habrá sucedido lo que á San Agustin? ¿Cuántos serán pecadores, por decirlo así, con repugnancia de su voluntad? Pero lo cierto es que son pecadores, y á todos podrá aplicarse lo que sigue diciendo el Santo. ¿Quién con alguna apariencia de razon podrá oponerse á la pena que debe ser castigo del pecador? Ya en tal situacion no hay disculpa alguna. "En efecto, católicos, ¡qué disculpa tendremos cuando los remordimientos de nuestra conciencia nos agobian, y nuestra alma no manifiesta otra cosa que una debilidad ó pusilanimidad suma para no triunfar de sus pasiones! Por tanto, católicos, propongámonos imitar, y de hecho imitemos á la muger pecadora de que nos habla hoy el Evangelio. Luego que nos sintamos tocados de la gracia, pues á nadie falta la suficiente, corramos á los de piés Jesucristo; reguémoslos con nuestras lágrimas, y no los abandonemos hasta no ser perdonados, como lo hizo la pecadora, de cuya conversion vamos á tratar.

Por esto mismo os declaro, que se le han remitido muchos pecados, porque ha amado mucho. Estas fueron las palabras con que Jesucristo confundió la falsa prudencia de Simon el fariseo, y con que ensalzó la accion de aquella muger pecadora, cuya conversion nos refiere el Evangelio de hoy: palabras dictadas por el amor mas encendido y mas puro; palabras capaces de animar al mas desconocido, sin hacerlo por eso presuntuoso, pues la conversion de la Magdalena no debe servirnos de entretenimiento en nuestros desórdenes, ni de inspirarnos una funesta seguridad. En verdad que en cualquier estado en que nos hallemos, en el mismo hátrato de la culpa en que nos háyamos sumergido, si amamos como la Magdalena, serémos perdonados como ella; pero es preciso amar como ella amó, esto es, con un amor vivo y tierno, que grave en el corazon todos los sentimientos mas propios para atraer la misericordia de Dios: un amor fuerte y activo que nos haga capaces del mas generoso sacrificio: amar con ardor, amar con valor y amar mucho, esto es lo necesario para salvarse.

Magdalena habia amado al mundo hasta desentenderse de su reputacion; pues toda Jerusalem la tenia por pecadora: su corazon esclavo de sus pasiones, no guardaba moderacion alguna cuando se trataba de complacerlas: la libertad de sus costumbres autorizaba los

juicios que se formaban de ella. ¡Ah! que el amor de Dios producirá semejantes efectos, y su conversion no será ménos ruidosa que su pecado. Cualquiera persona de arrepentimiento ménos activo y ménos sincero, habria esperado ocasion mas favorable para ver á solas á Jesucristo y echarse á sus piés; pero el amor de Magdalena no se acomoda con tan tímidas precauciones y tan cobardes miramientos. Impaciente por ejecutar su proyecto, corre á ver á Jesucristo en una casa abierta para todos, en medio de un banquete, al que estaban convidadas muchas personas: nada la detiene: todos los obstáculos que se le presentan son muy débiles, porque su amor es grande. Quiere agradar á Jesucristo, y esto basta: nada le importa por eso desagradar al mundo; aun hizo mas, no contenta con vencer el respeto humano, triunfó tambien de sus hábitos. Sigue á Jesucristo para no dejarlo jamas, y ya el mundo no conseguirá de ella ni un solo pensamiento, ni un solo suspiro: se une inseparablemente á Jesucristo, y desde entónces sus deseos todos y sus conatos no se dirigen á otro fin que al de agradarle: reconoce sus beneficios, lo sigue en sus viages, lo hospeda en su casa, medita su palabra, y renueva continuamente su amor: ved aquí la ocupacion de Magdalena. Si le siguió en vida, no lo desamparó en su muerte. Las columnas de la Iglesia se estremecen, el rebaño de Jesucristo se dispersa, los Apóstoles huyen: no así Magdalena, porque donde reina el amor, no tiene entrada el temor. Sigue á su divino Maestro cuando todos lo desamparan: lo acompaña hasta el sepulcro; todavía más, es la primera que ántes de amanecer le busca en él para tributarle sus últimos obsequios, y no encontrándole porque ya habia resucitado, llora amargamente, dando voces: "Se han llevado á mi Señor." Le ve, en fin, subir al cielo, y al momento huye de la vista de las gentes: de nadie se deja ver; se sepulta viva en un desierto; se condena á perpetuas austeridades: su amor y su penitencia no finalizan sino con su vida.

Este es el amor que Dios nos pide: un amor que expie nuestras grandes iniquidades: un amor que haga nuestra conversion tan sólida como perfecta. Dios no se contenta con un amor pasajero que solo suspende los pecados por algun tiempo; de este modo no se hofra al Ser inmutable, eterno y soberanamente amable. Quiere un amor que algo se le asemeje al que nos tiene: un amor activo para el bien, vigilante contra el mal; atento para evitar las ocasiones y recaídas: en fin, un amor constante, superior á todo, y mas fuerte

que la muerte, segun la expresion de la Escritura. Dios tiene justicia y razon para exigir de nosotros mas por él de lo que hicimos por el mundo, y que nuestra penitencia excediese en mucho á nuestros pecados; tanto por la excelencia de su ser, como por la bajeza del nuestro, que aumentan por una parte la enormidad de la ofensa y disminuyen por otra su reparacion; pero Dios siempre amoroso, siempre compasivo del hombre, se contenta con que nuestra penitencia sea proporcionada á nuestros desórdenes. Así lo practicó la Magdalena, dice San Gregorio Papa; todo lo que sirvió en ella al pecado, cooperó á su penitencia: todo lo que contribuyó al desorden, se hizo materia de su sacrificio; y todo lo que el amor del mundo profanó, lo consagró el amor de Jesucristo.

Se sirvió de su entendimiento siendo pecadora para agradar al mundo, para atraerse frívolos respetos; pero luego que se convirtió, no usó de él sino para atraerse el corazon de Jesucristo, para obtener la remision de sus pecados. Luego que entró á la sala del festin, puso en práctica mil inocentes artificios para obligar al divino Salvador: le busca con ansia, se postra con humildad, suspira y está callada; mas todo habla en ella, hasta su silencio. ¡Imitamos nosotros esta conducta! Nada ménos que eso: parece que la prudencia se ha retirado de nosotros, no hallamos para la virtud los socorros y arbitrios que jamas nos faltan para el vicio, nuestra caridad es ménos ingeniosa que nuestra concupiscencia; luego no amamos como la Magdalena.

Esta muger, cuyos ojos habian sido contaminados con miradas profanas é impuras, no los abre ya sino para derramar torrentes de lágrimas por sus extravisos: sus cabellos, que la vanidad habia ordenado artificiosamente, no se emplean sino en enjugar los piés de Jesucristo: su boca, culpable de tantas libertades profanas, la santifica con el mas santo y mas casto de todos los ósculos: últimamente, su cuerpo todo que tanto habia amado, regalado é idolatrado, lo affige, lo mortifica y lo priva de todos los indecentes adornos con que ántes lo engalanaban. Porque sabe, y muy bien, que no se aborrece al pecado si se conservan los instrumentos y los atractivos de él; el primer paso para convertirse es desprenderse del mundo y no pensar agradarle. Debe, pues, el cristiano convertido adornarse con el pudor, con la modestia y con la santidad: estos son los adornos que le pertenecen; con ellos se atraerá las miradas del Eterno, zeloso de la posesion del corazon de los hombres.

Convengamos en que es preciso sacrificar á Jesucristo cuanto se consagró al mundo; esto es lo que la Magdalena nos enseña el día de hoy con su ejemplo: si la hemos imitado pecadora, imitémosla penitente. Ella fué sensual, idólatra de su cuerpo; estuvo muy alejada de Jesucristo; pero se convierte y se hace humilde, modesta, separada del mundo y adherida constantemente á su divino Maestro. Su penitencia mereció estar escrita en el Evangelio, y su nombre jamas se borrará de la memoria de los hombres. ¡Qué confusión para nosotros si Jesucristo en el día del juicio compara el zelo de esta muger con nuestra tibieza, y pone á un lado lo que ella hizo por él, y lo que nosotros hemos dejado de hacer! Entónces nos dirá: Esta muger dió señales del amor mas tierno, mas sincero y mas activo; nada de lo que sirvió en ella para el pecado, se escapó de su penitencia, mas vosotros nada habeis hecho por mí, toda vuestra conversion se ha reducido á resoluciones ineficaces, y cuando mas á satisfacciones ligeras que no han tenido la mas leve proporcion con el número y enormidad de vuestros pecados. Magdalena recibirá hoy el premio de mi amor, y vosotros el castigo de mi justicia. Evitemos sentencia tan terrible, aprovechándonos del ejemplo de Magdalena; hagamos penitencia de nuestras culpas pasadas, de modo que nos merezca la remision de todas ellas.

Viernes de la semana de Pasion.

En el oficio de la misa de este día nos anuncia la Iglesia de una manera mas expresa la Pasion y la muerte del Salvador, queriendo que nos preparemos para celebrarla los ocho dias que le preceden.

El introito de la misa se tomó del salmo XXX, que es una oracion humilde, afectuosa y llena de confianza, que David hace á Dios en medio de sus mayores aflicciones, y en el riesgo mas inminente de su vida. "Señor, lastímaos y compadeceos de la extremada afliccion en que me veis sumergido. Libradme, Señor, y sacadme de las manos de mis enemigos, que me persiguen con furor, con el fin de perderme. No padezca yo la confusion de verme abandonado de vos despues de haber invocado vuestro nombre. Siempre he esperado en vos, Señor; haced que no padezca el sonrojo de haber esperado en vano, armaos de vuestra justicia y venid á librame." Ya se ha observado en otras partes que habiéndose aplicado Jesucristo

á sí mismo el versículo VI de este salmo, nos ha declarado con esto que las persecuciones de David eran figuras de las suyas.

La Epístola corresponde perfectamente á este salmo; está compuesta de las palabras del profeta Jeremias, que siendo tambien figura de Jesucristo, pide á Dios lo libre de sus enemigos. Predice en ella tambien que los que abandonaren á Dios serán confundidos, y los que se retiren de él serán escritos sobre el polvo de la tierra, para ser borrados y desechos bien presto.

El profeta Jeremias tuvo orden de Dios para anunciar al pueblo judaico las desdichas que habian de suceder de allí á poco tiempo á la ciudad de Jerusalem y á toda la nacion; queriendo el Señor de este modo obligarlos á que hiciesen penitencia para aplacar la justicia divina, justamente irritada por la corrupcion general de las costumbres, y á este fin les envió un profeta que les advirtiese y predijese los castigos que les amenazaban. Pero se burlaron ó hicieron mofa de la profecía y del profeta. Despues de haber amenazado diversas veces al pueblo su próxima ruina y cautividad, y siempre inútilmente; atacó á los grandes de la corte, á los sacerdotes mismos, y á los doctores ó intérpretes de la ley. Todos vivian en una corrupcion tan general, y estaban tan endurecidos en la impiedad, en la idolatría y en todo género de vicios, que la palabra de Dios, intimada por su profeta, no fué recibida de nadie; ántes bien irritándose todos contra el que se las anunciaba, y procuraba moverlos á penitencia para desviar las desdichas de que estaban amenazados, se pusieron y dedicaron á perseguirlo de la manera mas cruel, y formaron desde entónces el designio de perderlo. Pero el profeta nada temia, ni cedió por esto de su empeño. Viendo que no lo querian oír dictó á Baruc, su principal discípulo, todo lo que habia profetizado contra Jerusalem. Esta profecía se la mostraron al rey Joaquin, el cual sobrecogido y asustado de las desdichas que se le anunciaban, rasgó el escrito y lo echó al fuego; pero Dios le mandó al profeta que volviera á escribir las mismas amenazas en otro volumen, y que añadiese todavía otras muchas. Esta santa libertad que le infundió el Espíritu de Dios que lo animaba, lo expuso á las persecuciones mas bárbaras de los judíos. Lo pusieron en la cárcel dos ó tres veces; pero no pudiendo sufrir los cortesanos de Sedecías, que sin embargo de su prision echase en cara continuamente á los judíos sus desórdenes, y les anunciase las desdichas que les amenazaban, lo arrojaron á una profunda cisterna llena de cieno, en